

dición naturalmente de que esos productos fuesen repartidos y empleados de una manera equitativa. Tomando la situación agrícola tal cual es actualmente, se puede afirmar que la tierra produce lo suficiente para todo el mundo y que cada uno puede comer hasta saciarse.

Además, tenemos la demostración de los hechos. Hasta ahora la existencia de gran número de hombres sobre un territorio dado no ha impedido al suelo suministrarles el suficiente alimento. Hay distritos en que no hay memoria de que se haya conocido la escasez, aunque los habitantes formen grupos nutridos. Por el contrario, los países sometidos á hambres periódicas ó endémicas distan mucho de ser poblados en proporción á la fertilidad del suelo y de las condiciones ventajosas del clima. Compárese la parte de la Rusia de Europa situada al sud del 60° de latitud y Bélgica, por ejemplo: la densidad de población es ocho veces menor en el gran imperio que en el pequeño reino; la existencia del habitante es allí mucho menos segura, y, sin embargo, Rusia comprende extensiones de una fertilidad legendaria. La India contiene casi tantos habitantes por kilómetro cuadrado como Francia; no faltan allí las llanuras abundantemente regadas ni el sol vivificador, y si el hombre supiera servirse de aquella tierra, sería uno de los grandes centros de provisión del globo. Tomemos, de otro lado, las islas Normandas, país que se basta evidentemente á sí mismo, que goza de un clima privilegiado y que no es excepcional en la Europa atlántica. Si los insulares reciben del exterior géneros coloniales desde las especias hasta las bananas, si importan carne y harina, sus granjas suministran leche, manteca, queso, volatería y huevos en tal cantidad, que el pequeño archipiélago constituye un complemento importante para la alimentación de la metrópoli inglesa; además Inglaterra importa gran número de vacas lecheras procedentes de Jersey y de Guernesey; por último, esas islas se dedican á la industria de las primicias, y en invernaderos que cubren hectáreas anticipan legumbres y frutas que se venden en Londres al principio del invierno. En valor y hasta en peso, el balance de los productos entrados y salidos resulta en ventaja del cultivo local, y, no obstante, la población específica alcanza en Guernesey ocho

habitantes por hectárea, cifra únicamente excedida en nuestras estadísticas por la de la isla Tsung-ming.

*A priori*, pues, podría evitarse entrar en el detalle de las cifras por categorías de alimentos: las escaseces no proceden de una



DATILERA EN BISKRA

Cl. J. Kuhn, París.

negativa del suelo, ni de un número excesivo de participantes en el banquete de la vida, sino que deben atribuirse al solo hecho de que el trabajador no tiene acceso á la tierra. Sin embargo, no es malo ver que la misma demostración resulta del estudio de las cifras.

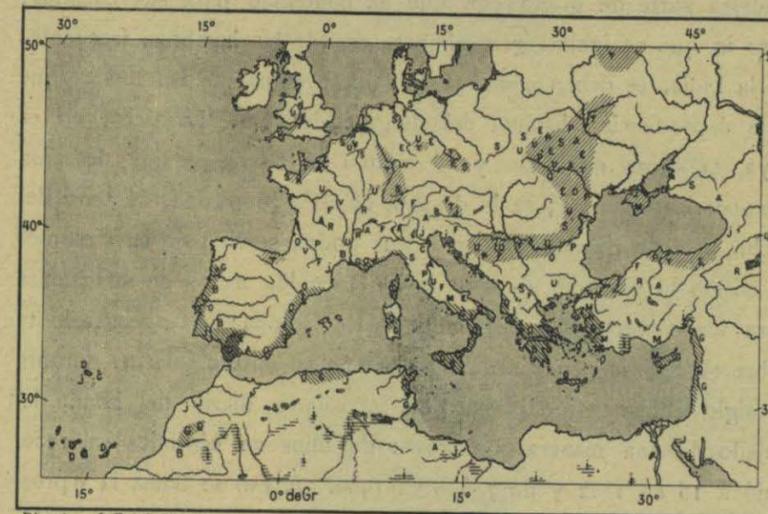
Es imposible indudablemente calcular con exactitud la cantidad de alimentos que recogen todos los agricultores de ambos mundos,

porque las estadísticas no se forman regularmente en todos los países de producción, y no son comparables entre sí en todos sus detalles; pero los informes anuales recogidos por los especialistas que se ocupan del comercio de cereales, comprobados y discutidos por los industriales inspirados por intereses opuestos, permiten llegar á una gran aproximación de la verdad. Casi se conoce la cantidad de cereales y de otros géneros alimenticios que pasan cada año por los mercados de los países que abarca el comercio general del mundo civilizado; en cuanto á las otras comarcas, cuyos habitantes viven todavía apartados del tráfico internacional, es inútil ocuparse en una estadística colectiva, puesto que pertenecen á un período histórico anterior al nuestro. Pero á partir del presente, el testimonio de las cifras es indiscutible: hasta es de tal evidencia, que ha cesado de emplearse el argumento antes más frecuentemente opuesto á los «utopistas», á los «visionarios» que sueñan con el goce equitativo de los bienes de la tierra por todos los hombres. Ya no se dice acerca de la falta de pan: «Puesto que no hay pan para todos, será preciso que los pobres no lo coman». No; ya nadie ignora que hay trigo suficiente para todos, y se ha recurrido á un argumento de segundo orden, que cada cual ha oído mil veces: «Pero ¿á quién reserváis en vuestra sociedad el Sauterne y el Clos-Vougeot?»

Comencemos por los cereales, el elemento principal de la alimentación. La producción media del trigo en Europa, en el Nuevo Mundo, en la China septentrional, en la India y en algunas colonias africanas, tales como la Argelia y el Africa austral, pasa de mil millones de hectolitros. El número de hombres que comen pan de trigo es una minoría, que no excede de 300 millones de individuos; si todo el trigo se transformara en harina, daría más de 80,000 millones de kilogramos, ó sea más de 600 gramos de pan diarios por cabeza, lo que resulta inferior al término medio de la alimentación normal para los comedores exclusivos de pan, relativamente escasos, pero muy superior á la proporción de pan consumido por el civilizado de Europa ó de América. Á la producción del trigo ha de unirse la de otros cereales que sirven á la fabricación del pan y forman parte de la alimentación de las poblaciones de origen

europeo y de los negros americanos que se han adaptado á las costumbres de los blancos. El centeno, la cebada, la avena, el maíz y otros granos, aparte del arroz, que entran en la alimentación del hombre y de los animales, suministran una cosecha media muy superior á dos mil millones de hectolitros: es una enorme cantidad de substancia nutritiva, más de la mitad destinada á la fabri-

N.º 569. Frutas en Europa.



D'après J. Bartholomew.

1 : 50 000 000

0 1000 2000 3000 Kil.

Bananas, dátiles, naranjas y manzanas están indicadas por rayados de sentidos diferentes.

a. Albaricoques.	e. Cerezas.	i. Dátiles.	m. Granadas.	o. Naranjas.	v. Ciruelas.
b. Almendras.	f. Castañas.	j. Higos.	n. Grosellas.	r. Melocotones.	w. Uvas.
c. Ananas.	g. Limones.	k. Fresas.	o. Avellanas.	s. Peras.	x. Pasas.
d. Bananas.	h. Membrillos.	l. Frambuesas.	p. Nueces.	t. Manzanas.	

cación de pan y otros comestibles, suficiente para las necesidades de 300 millones de hombres; una gran proporción de esos granos se dedica á la fabricación de la cerveza y á diversos usos industriales.

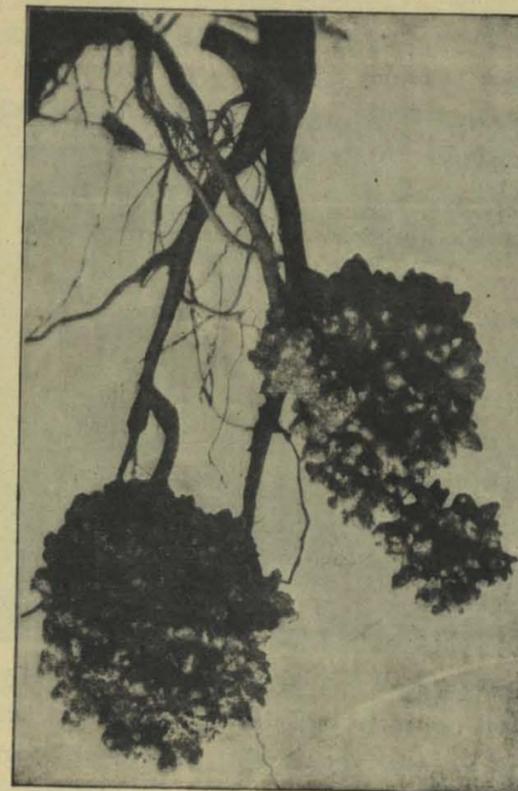
En cuanto al arroz, es el cereal por excelencia para las dos quintas partes del género humano, quizá para una proporción más considerable aún, porque su producción no es conocida de una manera suficientemente aproximada para que sea posible pronunciarse en vista de cifras estadísticas. Se sabe en qué parte del territorio chino es el arroz el producto de principal cultivo y se sabe

también de una manera general que las cosechas, solicitadas por generosos abonos y por una asidua labor, son abundantísimas en relación con la siembra. Respecto del Japón, las estadísticas dan la superficie de los cultivos y la cantidad del producto; así también los «libros azules» de la Gran Bretaña exponen la extensión de los arrozales y la cantidad de toneladas que representa el conjunto de las cosechas. Conocida es también la sobriedad de los Hindus y la modesta parte de grano con que se contentan para sus comidas; pero lo que se ignora generalmente es que las hambres, frecuentes en la India, se deben menos á la falta eventual de las lluvias que á la dependencia absoluta del desgraciado ryot. La tierra no es suya, la choza de cañas y el montón de tierra en que descansa tampoco le pertenece; se le despoja de toda propiedad, de todo derecho, de toda voluntad; el arroz que podría servir para su sustento, él mismo lo pone en sacos y lo apila en los trenes de mercancías para las cervecerías y los molinos de Europa; se especula hasta sobre su miseria para disminuir cada año su mísero salario: durante el siglo últimamente transcurrido, el salario diario del Hindu ha bajado de una manera espantosa: de unos 20 céntimos en 1850, bajó á 15 en 1882 y de 7 á 8 en 1900. Á eso se llama la «prosperidad de la India»<sup>1</sup>. Se comprende cuán absurdo sería, en tales condiciones, deducir de las hambres de la India que el cultivo del arroz, confiado á un pueblo de labradores que poseyera su campo con propiedad colectiva ó personal, sería insuficiente, en el curso de las generaciones, para alimentar una población creciente. La India, por la Naturaleza, es todavía más fecunda que la China: también podría subvenir á la alimentación de los suyos.

Pero «el hombre no sólo vive de pan». Las legumbres verdes y secas y las semillas de las leguminosas se unen á los productos de los cereales. Guisantes, garbanzos, habichuelas, habas, lentejas, soya de los Mandchúes y de los Chinos representan una cantidad que no ha sido evaluada con la misma aproximación que los cereales, porque esos granos tienen menos importancia en la alimentación del mundo, pero se puede apreciar seguramente la cosecha anual de

<sup>1</sup> William Digby, *Prosperous British India*.

esos productos en más de 200 millones de hectolitros, lo que para cada individuo, hombre, mujer ó niño, añade al pan más de un litro al mes del alimento más substancial. La producción de las patatas, de mayor valor económico, aunque de menos riqueza proporcional en fuerza nutritiva, alcanza ó pasa cada año de 1,000 millones de hectolitros, cantidad muy considerable á favor de la alimentación de los hombres. En cuanto á las legumbres verdes y á las frutas, no son objeto de ninguna estadística general, por su extremada abundancia y por la falta absoluta de centralización en los mercados: á excepción de las primicias, de las legumbres escogidas, de las frutas de belleza ó de sabor excepcionales, todo



NUDOSIDADES SOBRE UNA RAÍZ DE LEGUMINOSA

se consume sobre el terreno; cada población tiene sus calles ó su mercado abundantemente provistos, ¡y cuántas pérdidas, cuánto derroche en el transporte, la exposición y la espera de los compradores! Centenares de individuos se alimentan con los desperdicios de verduras y legumbres que se recogen alrededor del mercado central de París; millones de hombres podrían vivir con las manzanas, peras, cerezas y melocotones que en

las buenas estaciones caen de los árboles y que nadie se toma la molestia de recoger, porque en el mismo distrito todos tienen de sobra y porque la exportación, la conserva y la preparación en helados, pastas ó confituras costarían demasiado. En los jardines del Delaware se entierran millones de melocotones al pie de los árboles; en los puertos de las Antillas y de la América central se tiran al agua todos los cargamentos de bananas que no aceptan los compradores de los grandes vapores. En las calles de las poblaciones brasileñas los chiquillos arrojan sus naranjas disputando por llevar un paraguas.

Un sencillísimo cálculo, reproducido miles de veces desde que lo formuló Humboldt, establece que todo el género humano se alimentaría sobradamente con el producto de las bananerías de la zona tropical. El azúcar, tan indispensable á la alimentación del hombre, es suministrado también por las plantas de caña, remolacha ó sorgo y representa sólo para Europa la masa enorme de 6 millones de toneladas, que, repartida entre la población de los continentes, apenas daría por cabeza y por día, bajo la forma de azúcar cristalizado, más que unos cuarenta gramos, lo que es suficiente para una buena higiene.

Los alimentos tomados en el mundo animal se obtienen por la caza, la pesca ó la cría del ganado doméstico y de la volatería, y también por la utilización de la leche y de los huevos. Hubo un tiempo en que una parte notable del género humano disputaba su presa á los carnívoros, pero actualmente el número de los hombres que viven del producto de la caza ha llegado á ser tan mínimo que se le puede considerar sin valor económico; ya no existe en Europa, y en el continente africano apenas puede citarse como alimentándose principalmente de la caza más que miserables tribus de enanos, en la parte ecuatorial del continente, y los Bushmen del desierto de Kalahari<sup>1</sup>.

Sin embargo, el vasto mundo siberiano está recorrido todavía por tribus de cazadores que viajan por inmensos territorios en busca de animales de carne nutritiva y de buenas pieles. América, en sus

<sup>1</sup> Ernest Grosse, *Die Anfänge der Kunst*, p. 43.

dos continentes, y Australia son las tierras donde el estado primitivo del cazador aun está representado por tribus típicas, todas de escaso número de individuos, á causa de las dificultades de su vida siempre errante en espacios enormes. He ahí por qué, para hablar con propiedad, no existen «pueblos cazadores». En parte alguna, dice Grosse, han podido desarrollarse bastante poderosamente para



Cl. T. S. Palmer.

COSECHA DE HUEVOS DE ALBATROS EN LA ISLA LAYSAN (*Diomedea immutabilis*) según el *National Geographical Magazine*, 1904.

Un cierto número de especies de aves se han repartido estas islas del archipiélago Sandwich, que tiene cinco kilómetros por tres, y respetan rigurosamente sus dominios. Está prohibido tocar los huevos de los albatros, cuyas costumbres son muy familiares.

merecer tal nombre: no hay más que «tribus cazadoras». Pero la pesca, en las profundidades marítimas, representa siempre una cantidad notable de la alimentación humana, sobre todo á lo largo de las costas pescadoras, en las islas del Pacífico, en el Japón y en el litoral chino, en Noruega y en la América septentrional. En diversos lugares insulares y costeros se han mantenido poblaciones casi exclusivamente ictiófagas. Aunque el mar no sea inagotable y á pesar de que ciertas especies perseguidas por el hombre hayan llegado á escasear, el valor anual de la pesca no ha cesado de aumentar, por más que las gentes del oficio empleen aparatos y bar-

cos cada vez mejor adaptados á la tarea, y ya en diversos puntos se ha comenzado la repoblación de las bahías, de los lagos, de los estanques y de los ríos.

La parte de alimentación que representa la carne de los animales domésticos en los países europeizados del Antiguo y del Nuevo Mundo es conocida aproximadamente. Se evalúa en 20,000 millones de kilogramos, ó sea unos 30 kilogramos por individuo. Admitiendo, lo que muchos higienistas niegan y que prueban por su ejemplo ser completamente inexacto muchas poblaciones en diversos países del mundo, admitiendo que la carne sea indispensable al hombre, habría una parte de carne perfectamente apreciable en la sucesión de las comidas, aunque insuficiente para los grandes comedores, tanto más cuanto que se podrían añadir los 20,000 millones de huevos que suministran los gallineros de las mismas comarcas, lo mismo que los 60,000 millones de kilogramos de leche, y los 15,000 millones de kilogramos de queso suministrados por las granjas. La inmensa China produce también enormes cosechas de huevos, quizá superiores á las de Europa y de América.

Toda esta alimentación, que comprende, junto á los cereales y otros granos esencialmente nutritivos, una singular variedad de alimentos vegetales y animales, forma un total que excede con mucho al conjunto de las necesidades; y todavía no hemos tratado de los productos que se podría llamar de lujo, porque no se suministran directamente por la Naturaleza y provienen de una elaboración terminada por el hombre: tales son las bebidas, licores, aceites, esencias, desde el *soma* del período védico, hasta el vino que inventó el Noé de la leyenda, al pie del Ararat, donde se supone se bebió por primera vez, y que ha llegado á ser la gloria de tantas viñas, desde Francia á la California y desde Australia á la República Argentina.

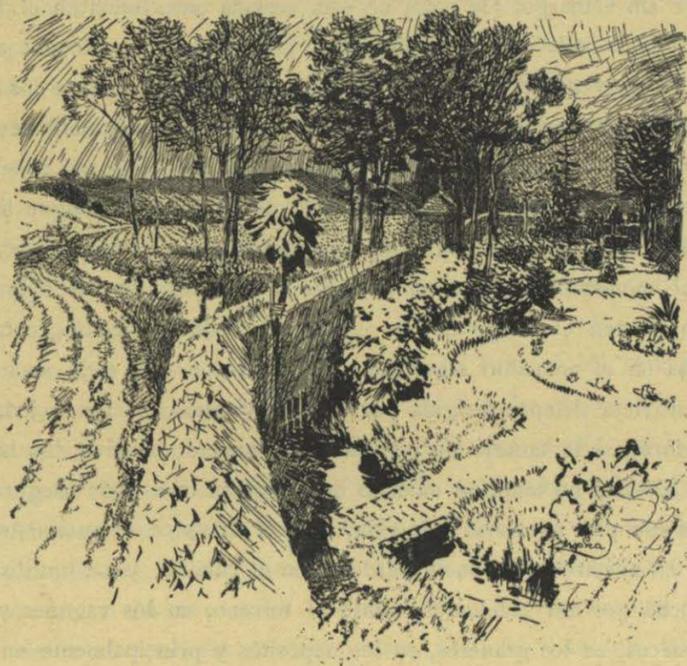
En el año de 1882, la producción alimenticia de Europa y de los Estados Unidos había sido ya calculada, según los más bajos rendimientos anuales, y fijada en la cifra de apariencia hiperbólica de 380,000 millones de kilogramos, no comprendidas las bebidas, ó sea más de 1,000 kilogramos por cabeza. Ahora bien, siguiendo para la alimentación una ú otra de las indicaciones dadas por los médicos

higienistas para el establecimiento de una ración fisiológica normal, se pueden combinar siempre los elementos de su alimentación de modo que no excedan por término medio de 475 kilogramos de alimento al año, porque no se trata del comedor excepcional, sino del hombre tipo que representan los niños, las mujeres y los ancianos. Es decir, que en el estado actual de una agricultura todavía rudimentaria en una gran parte de la superficie terrestre, los recursos totales de la producción son más que dobles de las necesidades del consumo<sup>1</sup>.

Y sin embargo, ¡la mesa no está servida para todos en el banquete de la vida! Hay hambrientos, y hasta son numerosos; además, el porvenir no es seguro para los afortunados, y entre los que comen ordinariamente lo que necesitan, hay millones y millones de individuos que miran ante sí con espanto, comiendo hoy con el temor de no poder comer mañana. El miedo de la miseria persigue hasta á los ricos, y con motivo, porque la fortuna es variable, y los que en el momento presente se levantan triunfantes, en pie sobre el carro, corren el riesgo de ser aplastados bajo las ensangrentadas ruedas en el momento siguiente. Es evidente que si la sociedad no estuviera siempre dirigida por la supervivencia de las sociedades anteriores, si la muerte no continuara dominando al vivo, los hombres actuales no tendrían cuidado más urgente que el de asegurar á todos ese pan necesario á la vida, que el labrador le suministra y que, en nuestros días, suele perderse en el camino, y se inutiliza y derrocha por mil accidentes, sobre el terreno, en los vagones y en los barcos, en los graneros, en los depósitos y principalmente en los mil almacenes de detalle. Lo primero que debería hacerse es introducir el orden y la seguridad en la distribución, consistente en expedir y en repartir los diversos productos, harinas, legumbres y frutas con tanto método como se remite á cada uno por la mañana las cartas y los diarios. La cosa es hacedera con los alimentos, puesto que se hace con el papel; mas para realizar esta revolución de justicia y de buen sentido será preciso poner la mano sobre el «arca santa», violar esa desigualdad tan querida de los privilegia-

<sup>1</sup> *Les Produits de la Terre, Le Révolté*, 23 de Noviembre 1884 — 15 Febrero 1885.

dos y que les asegura, no sólo el monopolio de la tierra y de los productos de la tierra, sino también las fábricas y todas las obras del trabajo humano; sobre todo el poder, el derecho de llamarse los amos y de dominar, en efecto, adulados, respetados y adorados por aquellos á quienes oprimen.



## LA INDUSTRIA Y EL COMERCIO

*La Producción libre y la Distribución equitativa para todos: tal es la resolución que exigimos al porvenir.*

### CAPÍTULO IX

DESARROLLO RÁPIDO DE LA INDUSTRIA MODERNA.  
PERSONAL OBRERO. — DIVISIÓN DEL TRABAJO. — MAQUINISMO.  
PROGRESOS Y RETROCESOS LOCALES.  
CONSTANTE ESTADO DE GUERRA EN LA FÁBRICA.  
IGNORANCIA GENERAL DEL BIEN PÚBLICO. — COMERCIO; DECADENCIA  
DEL COMERCIO AL POR MENOR. — CARAVANAS, FERIAS, ADUANAS.  
CONCORDANCIA DEL CAPITAL Y DE LAS LEYES.  
FRAUDES PERMITIDOS. — TZIGANOS, JUDÍOS. — PRODUCCIÓN  
Y DISTRIBUCIÓN, COMPRA Y VENTA.

**N**o menos antigua que la agricultura, la industria ayudó rápidamente á despertar el sentimiento de la propiedad personal, puesto que los objetos elaborados por los primeros artesanos fueron considerados ordinariamente como la cosa de su productor, y no podía extrañarse que los conservara para sí mismo ó que los diera á quien quisiera. Pero puede decirse que,